

SONRISAS

Nadie sabría pronunciar correctamente su nombre, el cirílico no resultaría fácil para los americanos de la zona ecuatorial. El hecho de que no pudiera apartar la mirada de las bonitas piernas de las muchachas jóvenes lo delataría como un hombre alegre y dicharachero o como un tipo lujurioso, obsceno y con problemas de relación. Esta ambivalencia le rondaba por la cabeza los días anteriores a su marcha al nuevo destino de cooperación internacional.

Nunca olvidó la intensidad emocional del momento. Había llegado al aeropuerto al mediodía. Tras resolver todas las cuestiones burocráticas, un helicóptero lo trasladó al lugar de trabajo. Era domingo, terminado el viaje las luces del aparato parpadeaban frente al hospital.

Nada más pisar tierra firme, encendió un cigarrillo. Tras tres o cuatro hondas caladas lo tiró al suelo y lo pisó. Entró a la tienda de campaña que hacía las veces de quirófano, donde al día siguiente llevaría a cabo su primera intervención.

Al salir, en el umbral de la puerta, miró satisfecho sus manos y sonrió. En aquel momento creyó intuir que en su vida habría muchos instantes de felicidad.

El autor no querría romper el optimismo vital del samaritano pero no le queda otro remedio, ese no sería el final.

- ¿Por qué?-pregunta el aludido.

- Porque la vida es compleja, con muchos ángulos ... y, por tanto, difícil de analizar.